

agitadísima por intestinos disgustos. Los Espartanos poseedores de tierras conquistadas en la Mesenia las habían perdido á causa de la reconquista ó teníanlas abandonadas é incultas, porque sus productos hubieran aprovechado al enemigo, y pedían nueva repartición agraria, que era el negocio más peligroso y temido en las repúblicas antiguas.

En tales momentos compuso Tirteo la más célebre de sus elegías, llamada, á causa del asunto, Eunomia ó la Legalidad (también se la llama Politeia ó la Constitución). El carácter especial de este género de poesía indica la manera como Tirteo trató el asunto. Comenzaba, sin duda, el poeta por la exposición de la anarquía reinante entre los ciudadanos de Esparta, expresando los peligros de ella. Como la elegía en general, partiendo de una perturbación del espíritu, procura por una serie de pensamientos é imágenes restablecer la paz en el alma, logró el poeta calmar los espíritus, pintando en su Eunomia la bien ordenada constitución de Esparta y su vida legal, fundadas con ayuda de los Dioses, defendiendo que no debían sufrir alteración por tales innovaciones.

Indujo al mismo tiempo á los Espartanos, despojados de sus tierras por la guerra con los Mesenios, á mostrar tan gran valor que permitiera restablecer, con la propia opulencia, la prosperidad del Estado.

Apoyan esta suposición los fragmentos de Tirteo que han llegado á nosotros: muchos de ellos, según datos ciertos, pertenecen á la Eunomia, y en ellos se elogia la constitución de Esparta, de

origen divino, puesto que el mismo Zeus confirió la dominación á los Heráclidas, y el oráculo de Delfos repartió el poder de la manera más equitativa entre los reyes, los ancianos del Consejo y los hombres de Demos, en la asamblea popular.

No fué, sin embargo, la Eunomia la única ni aun siquiera la primera de las elegías con que Tirteo procuró excitar á los Lacedemonios para su valerosa resistencia á los Mesenios. La exhortación á la bravura fué el tema que desarrolló en muchas de ellas con inagotable elocuencia y fertilísima imaginación. Jamás se recordó el deber y el honor militar al corazón de un pueblo de un modo más bello y apremiante, ni con ideas más sencillas y conmovedoras, y en ninguna otra parte aparece mejor el talento de los Griegos para dar á lo inmaterial forma exterior y sensible, á fin de hacerlo perfectamente claro.

El constante uso que los Espartanos hicieron de estas poesías que no eran de un compatriota, demuestra su aprecio en Esparta. Cuando los guerreros estaban en campaña, después de la comida de la tarde y de cantar el Peán en honor de los Dioses, recitaban las elegías, unas veces á coro y otras á solo, y en este caso el jefe premiaba al más hábil, dándole mayor cantidad de ración, detalle característico de las costumbres de los Espartanos, á quienes gustaban las distinciones sencillas y modestas. Esta forma de declamación era tan apropiada á la elegía, que se cree la empleó Tirteo en parecidas ocasiones. Necesitábase, sin embargo, la moderación y templanza de un banquete

espartano para que en el momento de la comida agradasen á los convidados unas poesías tan severas y varoniles. En otras razas la elegía en tales circunstancias debió tener distinto carácter.

Las elegías de Tirteo no eran cantadas en la marcha de las tropas ni durante el combate. Para tales momentos había otro género de composiciones.

Después de larga serie de triunfos y fracasos, los Espartanos vencieron definitivamente á los Mesenios y declararon deber á Tirteo la victoria, concediéndole el derecho de ciudadanía y decidiendo que sus himnos fuesen en lo porvenir cantos nacionales, declamándolos en tiempo de guerra á las tropas reunidas junto á la tienda del general.

Nada se sabe del fin de la vida de Tirteo. De sus elegías, cantos líricos y demás obras, sólo quedan fragmentos, que por la energía con que están escritos permiten comprender por qué los Griegos le colocaban entre sus grandes poetas, poniendo su nombre junto al de Homero.

CANTO I.

¡Oh qué bello es morir por la querida
Patria! Varón, en los combates fuerte,
Con los primeros expondrás tu vida.

¿Mendigando infeliz quisieras verte?
¿Del que abandona su natal campaña
No sabes, no, la desdichada suerte?

Desamparado vaga en tierra extraña;
Los hijos, la mujer, el padre anciano,
Familia desolada le acompaña.

Le aborrecen do quier, y clama en vano;
De la indigencia al peso ya caído,
Nadie le prestará piadosa mano.

Que afrentó su linaje, y ha perdido
Hasta las nobles formas del semblante,
Y su infamia y su mal ha merecido.

¡Oh destino cruel del hombre errante!
No el desdichado habrá ningún consuelo,
Ni respeto ni gloria en adelante.

Tú á la batalla por el patrio suelo
Valiente corre, y por tus hijos muere;
Deja de infame vida el torpe anhelo.

Mantén la fila, y denodado hiere;
Manténla firme; oprobio á aquel cobarde
Que á la fuga en la lid principio diere.

Iras pon en tu pecho, en iras arde;
Con hombres las habrás en la pelea;
No el amor de la vida te acobarde.

El anciano aguerrido no se vea
Por tí con mengua tuya abandonado,
Que su rodilla débil ya flaquea.

¿Vergüenza no será que atropellado
Yazga á tus ojos al primer momento
De sienes ya rugosas el soldado?

Allí en el polvo, mírale, sangriento
Su cabello nevado y barba cana,
Yace exhalando el animoso aliento.

Nudo su cuerpo, ni de heridas sana
La parte del pudor con mano amiga
Cubre al ultraje de la turba insana.

¡Espectáculo atroz! ¿Y á la enemiga
Hueste no vas? Al joven animoso
Morir conviene, juventud le obliga.

Saliendo de las lides victorioso
Lo acata el hombre, la mujer le quiere;
Pero aun es á las bellas más hermoso
Si en los primeros batallando muere.

CANTO II.

Animo, raza del invicto Alcides,
Mírate fausto Jove en su alta cumbre,
¿Y tú salir al campo no decides?

No temas la enemiga muchedumbre,
No tiembles; quien embraza fuerte escudo
Sólo debe temer la servidumbre.

Carga odiosa es la vida; á tí el sañudo
Hado de muerte tan amable sea
Como la luz del sol amarse pudo.

¡Cuánta gloria, mancebo, te acarrea
Hazaña digna del sangriento Marte!
¡Cuán terrible es el Dios en la pelea!

Bien lo sabes, á fe; que en una parte
Si tu ejército vence, derrotado
Es en otra, y huyendo se reparte.

Del estrecho escuadrón que avanza osado
A la hueste enemiga, pocos mueren,
Y muriendo á los suyos han salvado.

Aquellos que en la lid no resistieren
Hostil encuentro, tímidos varones,
Una afrentosa esclavitud prefieren.

Guerreros, agotando sus razones,
¿Quién bastará á decir el gran tormento
Del que sufre la infamia y los baldones?

¡Mísero jóven, al fatal momento
Que huyere del combate! ya le alcanza,
Le hiere por detrás hierro violento.

Cadáver en el polvo, mientras avanza

Orgullosa el contrario, infame queda,
Rota la espalda al bote de su lanza.

No, que ignominia tal no te suceda.
Da un paso, y ¡firme! Clávate en el suelo,
Muérdete el labio, y tu furor no ceda.

Aguarda el duro choque sin recelo:
Un ancho y grueso escudo te defiende;
Que de los dardos pára el raudo vuelo.

Pero la diestra mano es la que ofende;
Blande tu lanza, y el penacho altivo
Sacude, y corre, y las falanges hiende.

Con señalados hechos en el vivo
Combate se acredita el buen guerrero,
Y entre los dardos discurriendo activo.

Llega á las manos y descarga fiero
Sobre algún enemigo el ancha espada,
Y á tu campo lo lleva prisionero.

O bien, la lucha singular trabada,
Opónle pies á pies, escudo á escudo,
Y tu fuerte celada á su celada.

Y estréchate á su pecho, y del membrudo
Brazo su lanza desprender procura,
O cógele del pomo el hierro agudo.

Mas antes guarde formación segura
Todo escuadrón: de escudos guarecido
El de ligera y fácil armadura,

Y á la nube de piedras escondido,
Dardos sin fin al enemigo aseste;
Y siempre amparador y protegido,
Esté detrás de la pesada hueste.

CANTO III.

No el de robustos pies, que la victoria
Consiga en el luchar, nombrado sea,
Ni de él se haga la menor memoria:

Así tenga la talla Ciclopea,
Y el muscular poder; así delante
Del Aquilón corriendo se le vea;

Así más bello el juvenil semblante
Nos muestre que Titón, y su tesoro
Al del avaro Midas se adelante.

Si es tan dulce en su acento y tan sonoro
Como Adrasto, y cual Pélope si alcanza
Tanto regio poder, tanto decoro,

Si el más glorioso fuere, mi alabanza
No entre los hombres llevará primero,
Como le falte la marcial pujanza.

La lleve el impertérrito guerrero
Que se arroja valiente al enemigo,
Ni en medio tiembla del estrago fiero.

Esto es valor; en el valor te digo
Que el alto premio está de los varones,
Y el valor es del joven más amigo.

¡A tu cara ciudad qué lauro pones
A combatir impávido saliendo
En los primeros fuertes escuadrones!

Si en tu puesto clavado, conociendo
No haber infamia que á la fuga iguale,
Grata ofrenda del alma estás haciendo;

Si tu ardor entre todos sobresale;

Si animas á morir al de tu lado,
Tú eres el hombre que en batallas vale.

Parte, corre veloz al erizado
Enemigo escuadrón, rómpelo, y sigue,
Y atraviesa de dardos el nublado.

Caerás, caíste; ¡oh gloria! así consigue
La patria honor, el padre gran renombre
Que el pesar de tu pérdida mitigue.

¿Y quién habrá que sin dolor te nombre?
¿Quién tu pecho verá, y el ancho escudo
Pasado en partes mil, que no se asombre?

Lágrimas dan en su lamento agudo
Joven y anciano; la ciudad entera
Al grave duelo resistir no pudo.

Tu envanecida tumba se venera,
Tus hijos, y tus nietos, tu linaje,
Ilustres son hasta la edad postrera.

Que no el tiempo voraz con ímpio ultraje
Acabará tu nombre, aunque inclemente
Contra tu cuerpo sin cesar trabaje.

No muere, no, la fama del valiente
Que á mano de Mavorte en la pelea
Víctima ha sido de su arrojo ardiente.

Mas del hado de muerte libre sea,
Y en la lid arrebate la victoria,
Y vivo, y salvo, y triunfador se vea:

Aquí ya empieza su eternal memoria;
Hónralo el joven, hónralo el anciano,
Pasa la vida en deliciosa gloria.

Y, ya la barba y el cabello cano,
Pleito ninguno habrá, y acatamiento
Verá en su pueblo el alto ciudadano.

Y todos, cuando llegue, de su asiento
Se alzarán, y el anciano cariñoso
El puesto suyo cederá al momento.

Ora es el tiempo, joven valeroso,
Ora es el tiempo que tu ardor se avive:
Quien á tan grande gloria aspire ansioso,
Vista sus armas y la lid no esquivé.

CANTO IV.

¿Hasta cuándo en vil ocio? ¿Tan sufridos
Será, mancebos, que la Grecia os vea?
¿Cuándo alzaréis los ánimos caídos?

Ya la comarca toda que os rodea
Tiene Mavorte, y la quietud infame
Pensáis ilusos que guardada os sea?

A las armas volad, la trompa clame;
Quien no combata hasta dejar la vida,
Que sufra la deshonra y vil se llame.

A la lid por la patria y la querida
Esposa, y por los hijos salga el fuerte,
Y alcance así la gloria merecida.

¿Por qué á los hados temerá? ¿La muerte
No va doquiera al decretado instante?
¿Cómo alejar la inevitable suerte?

Al campo, al campo, empuñe la pesante
Lanza, y junte valor bajo el escudo,
Y al trabarse la lid entre delante.

Morir no huya: ¿del morir quién pudo,
 Si ya de un Numen inmortal descienda,
 Al destino escapar fiero y sañudo?
 ¿Cuántos, huyendo la marcial contienda
 Y el silbo de los dardos, de su techo
 Hallaron al umbral la muerte horrenda?
 Muere el cobarde sin algún derecho
 De popular amor; murió el valiente,
 Y el pueblo gime en lágrimas deshecho.
 Si de la lid se salva, reverente
 Le acata semidiós; y él sobresale
 Descollando cual torre entre su gente,
 Y en hazañas y ardor un pueblo vale.

ALPHEO.

Los hermanos Canga-Argüelles, traductores de los fragmentos que á continuación publicamos, los atribuyen al poeta Alpheo, cuyo nombre no encontramos en los mejores tratados de literatura griega, y que no cita Müller en su excelente historia de esta literatura.

Según los Canga-Argüelles, sólo se sabe de Alpheo que nació en Mitilene.

De Mitilene era Alceo, y acaso un error ortográfico haya hecho creer en la existencia de un Alpheo imaginario, atribuyéndole composiciones del célebre poeta lesbiano.

De todas suertes, insertamos los fragmentos traducidos para completar en lo posible esta colección de líricos griegos.

ODA.

DE SÍ MISMO.

No estimo, amado Macrino,
Los terrenos abundantes,
Ni del oro del gran Giges
Amo las felicidades.
Para vivir, sólo quiero
Lo que á mantenerme baste,
Ni nada más apetezco,
Que lo poco me es amable.

EPIGRAMAS.

I.

Á ARGOS.

Argos, tanto de Homero encarecida,
Sagrado suelo de la Grecia clara,
Y en otro tiempo del feliz Perseo
Dorado, hermoso y reluciente alcázar,
Ya desapareciste: eterna gloria
De aquellos héroes que en la tierra cara
De Troya, habitación de las deidades,
Sufrieron peleando muerte amarga.
Este es el pueblo de los hombres fuertes,
Y vosotras, magníficas murallas,
Estáis mostrando, todas derruídas,
Grandes establos de mugientes vacas.

II.

DE HOMERO.

Aun oimos de Andrómaca el airado
 Gemido; á Troya vemos trastornada,
 Y de Ajax el combate celebrado
 De la ciudad so la muralla alzada.
 Héctor de los caballos arrastrado
 Por la Meonia Musa delicada,
 Al cual poeta no una patria encierra,
 Sino los climas de una y otra tierra.

III.

DE ROMA.

Cierra, gran Jove, la incansable puerta
 Del espantoso Océano: el alcázar
 Admirable de Éter soberano,
 Oh poderoso Dios, conserva y guarda.
 Pues ya la mar ha sido sometida
 Bajo el poder de la romana lanza;
 Y la tierra también, aunque es difícil
 Subir la senda celestial, sagrada.

IV.

À RODAS.

Nodriza de los partos de Latona,
 A quien inmoble Júpiter ha puesto
 En el Egeo mar, no por los Dioses
 Llamarte ahora miserable quiero,
 De Antípatro siguiendo las razones:
 Lllamaréte feliz, puesto que á Febo
 Educaste, y después del alto Olimpo
 A tí Diana llama patrio suelo.

PRATINAS.

Natural de Flionte, en el Peloponeso, floreció Pratinas en Atenas, como rival de Cherilus y de Esquilo, hacia el año 500 antes de Jesucristo.

Es más conocido como poeta dramático, pero escribió también poesías líricas. Su fama se basa principalmente en haber separado de la tragedia el drama satírico, convirtiendo éste en un género especial que cultivó con éxito. Compuso cincuenta obras para el teatro, de las cuales veintidos eran dramas satíricos.

La traducción que de sus poesías publicamos se debe á los hermanos Canga-Argüelles.

ODAS.

I.

BACANAL.

¿Cuál es de esta grata turba
Y bailes el objeto?
¿A las sonantes aras
De Baco viene tanto menosprecio?
Oh tú, Bromio, muy mío,
A tí cantarte quiero,
Puesto que me conviene
Gozarme con estrépito ligero.
Agitado en los montes
Resonaré mis versos:
Las Náyades, que tienen
Un grato olor, remedarán mis ecos.
Flauta, que de las odas
Tienes el dulce cetro,
No más tu voz emplees
Sino en tiernos asuntos lisonjeros,
Pues sólo eres ministra

De los pequeños pueblos,
Y si los jefes cantas,
Te agitas con espíritu violento.
Sonemos, pues, agora
La flauta de Frineo,
De sonos variada,
Que ama entre todas el lugar primero.
Suena la dulce flauta,
Que mira con desprecio
El pie gravisonante
Del duro ritmo y del ligado verso.
T tú, Baco, ceñido
De yedra, tú que diestro
Las controversias vences,
Oye mi danza dórica, te ruego.

II.

DE SÍ MISMO.

No enseñaré á los hombres
Cómo han de arar la tierra;
Sino que al vaso asido,
Sólo he de hablar de las alegres mesas.

MENALIPPIDES.

Nació este célebre poeta griego en la isla de Melos, y murió hacia fines del siglo v antes de Jesucristo. Contemporáneo del poeta cómico Ferecrates, vivió muchos años en la corte de Perdicas, rey de Macedonia, y allí murió.

Como poeta ditirámico y lírico alcanzó en la antigüedad gran reputación. Ocupóse mucho de la música, haciendo en ella importantes innovaciones, que censuró Ferecrates porque, en opinión suya, afeminaban el arte antiguo alterando sus severas bellezas.

Dice Aristóteles que desdenando el arreglo por estrofas y antiestrofas, introdujo largos preludios, en los que, contra la antigua costumbre, la música no iba unida á las palabras.

Se supone que aumentó hasta doce las cuerdas de la lira.

El fragmento de Menalippides que á continuación publicamos está traducido por los hermanos Canga-Argüelles.

ODA.

Oyeme, padre amado;
Dame benigno oído,
Portento esclarecido
Para el hombre turbado,
Tú que de los mortales
Imperas en las almas siempre iguales.

ARISTÓTELES.

No es este el sitio donde debe figurar el estudio biográfico del célebre filósofo griego, sino al frente de sus obras cuando formen parte de la BIBLIOTECA CLÁSICA; pero aquí corresponde incluir su bello Peán en loor de Hermías, que trasladó de la lengua griega á la castellana el Dr. Alonso López Pinciano, y que dice así:

Virtud, dificultosa
Posesión de la tierra,
La más feliz y más enriquecida:
Por tí, doncella hermosa,
Más que la paz la guerra,
Y la muerte es más dulce que la vida.

Tu mesa nos convida
Al fruto sempiterno
Del inmortal tesoro
Mejor mucho que el oro
Y que el hijo y el sueño muy más tierno.

Por tí bajó al infierno
 El hijo de Alcumena,
 Y hermanos dos de Helena
 Gozan en cielo y tierra nombre eterno.

Por tí el ilustre Aquiles,
 Ajax contra sí fuerte
 Y tímido y medroso de la honra,
 Pasaron trances miles,
 Y burlando la muerte,
 Huyeron de la infamia y la deshonra.

Por tí la tierra hoy honra
 Al ateniense Hermía:
 Su soberana gloria
 Digna de eternahistoria
 Dé materia este día
 A las hijas de Jove y la memoria.

CANCIÓN DE LAS GOLONDRINAS

DE LOS NIÑOS DE RODAS.

La poesía que á continuación insertamos, y cuya versión castellana debemos al ilustrado catedrático del Instituto de Vitoria D. Federico Baráibar, es uno de los pocos ejemplos que existen hoy de la poesía popular griega.

En tal concepto, y como dato por demás curioso, ponemos con ella término á esta colección de líricos griegos.

Ven, golondrina
 De blancas alas,
 Ojos brillantes,
 Pechuga blanca.
 Trae del buen tiempo
 Las horas gratas.
 ¿Querré del fértil
 Campo las plantas?